

Orgullo adoquinado

Un día fui colocado, por cosas del destino, en una fachada de una de las calles más hermosas de Irún: la calle mayor. Esa calle de postal, que mezcla su simbolismo adoquinado con las fachadas antiguas. Desde allí, he sido testigo, durante décadas, de las fechas más importantes para mi hermosa ciudad.

He vivido miles de momentos inolvidables. Desde el silencio sepulcral creado por las antorcheras, al sonido estremecedor del 30 de junio.

Esas antorchas encienden la magia de los San Marciales. Es la llama que cada irunés e irunesa, llevamos en nuestro corazón. Esa misma llama que hará que el 30 de junio, la calle mayor, se llene de gente orgullosa de ser de Irún y de participar de tan glorioso día, lleno de simbolismo, para nuestra querida ciudad.

Llegado el gran día, no te hace falta ver a los hacheros, solo cerrando los ojos, eres consciente de que ya se acercan. El ruido en las aceras empieza a fusionarse con el sonido de Banda y Tamborrada. Veo los caballos pasar, con la cabeza erguida en señal de saludo y oigo el latido acompasado de sus cascos contra el suelo. Diviso, cada compañía bien formada y todos al mismo paso, dejándose ver ya las maltrechas alpargatas, después de haber disfrutado de todo un largo día. Y en cada rostro emocionado de las cantineras, una lágrima en señal de amor y orgullo. Al fondo los cañones tirados por los mulos, descendiendo por los adoquines de esta emblemática, para los iruneses, calle mayor.

Mirando hacia las aceras, he sido testigo de los sueños de esas niñas, que deseaban ser cantinera y años después desfilaron delante de mí, luciendo sus abanicos. Sentimientos encontrados de soldados veteranos que ya no pueden seguir el paso de su compañía, pues el tiempo les gana la batalla. Y ahora, con ojos llorosos desde las aceras, ven pasar a sus hijos y nietos, bien orgullosos de seguir sus pasos en la compañía de su barrio. La calle mayor palpita con las sonrisas de abuelas, madres, hijas... todas unidas, compartiendo su alegría, vibrando con las notas del himno de San Marcial interpretado por cada compañía.

Yo he disfrutado de muchos alardes, y os aseguro que vivirlo en la calle mayor es vivir la alegría, ilusión y el amor que sentimos los iruneses por nuestro alarde. Un lugar con alma, testigo de fiesta, risas y de encuentros.

Nunca olvidaré la última vez que vi bajar el alarde por delante de mí, así como tampoco olvidaré la última vez que bajaron mi persiana. Por cierto, me llamo Pombar.